

Una característica común de los profesionales de la literatura es su manía por la prolijidad en la redacción de sus escritos, manifestada en el cuidado exquisito por elaborar cada párrafo con las frases más adecuadas y cada frase con las palabras precisas.

Y, ¿sucede esto con quienes se dedican al periodismo? Por supuesto que sí. El periodismo es una forma más de literatura. Tom Wolfe, líder del Nuevo Periodismo norteamericano, no sólo ubica al periodismo dentro de la literatura, sino que lo eleva al lugar de privilegio que ocupaba la novela, como la forma más perfecta de literatura contemporánea. El periodismo no es resquicio para escritores mediocres que quieran esconder su desidia en una literatura de segunda categoría.

No siempre las salas de redacción permiten el sosiego necesario para la

detenida construcción de cada frase, pero el bullicio tampoco excusa de la utilización correcta de los diversos elementos del idioma. La última noticia que se redacte para ser incluida cuando la rotativa se encuentra a punto de echar a andar, debe observar, al igual que el más elaborado reportaje, una mínima perfección lógica, sintáctica y ortográfica.

Si no siempre se puede escribir copetón, azalea y taburete en vez de pájaro, flor y silla, que son delicadezas del estilo, sí es preceptivo tildar el *té* que se bebe, el *dónde* que pregunta y el *ó* que separa guarismos no escritos en letras. No siempre hay tiempo para consultar el diccionario de antónimos y sinónimos para evadir los lugares comunes, más no por ello hay licencia para confundir sacerdote y religioso, indio e hindú, gobierno y Estado. Como tampoco para llamar parla-

Pluma de
Ganso

¿Es el
periodismo
literatura
de segunda?

Por:
Fernando Avila



mento al Congreso o folleto al plegable. De confundir conceptos a inventar palabras hay solo un paso: *accequible* es un vocablo que no existe en nuestro idioma, pero que puede ser introducido por quien, deseando escribir *asequible* o *accesible*, termina por acomodar erróneamente los dos términos en uno solo.

La hora de cierre puede haber llegado y el escrito estar a punto de terminarse. La angustia del momento, sin embargo, no justificaría la utilización de abreviaturas que no sean *etc.*, *a.m.* y *p.m.* porque el periodista sabe que en ningún caso debe escribir *dr.*, *dra.*, *sr.* y *sra.* por *doctor*, *doctora*, *señor*, y *señora*. Sabe que las abreviaturas no pertenecen al lenguaje periodístico y que las debe evitar con tanto cuidado como las mayúsculas en los meses, los días y los gentilicios. A mis alumnos les recuerdo que solamente *Domingo* Valenzuela el de la BBC, *Mayo* la sobrina del Pato Donald y *Colombiana* la de Ardila Lulle, se excluyen de esta regla.

Los escritos elaborados en un ambiente de mayor sosiego, además de atender a estas normas básicas, pueden y deben buscar otros elementos de estética literaria, que eso son también las tildes y los signos de puntuación debidamente utilizados.

José Luis Cebrían, ex director del ABC de Madrid, da como ideas madres en la enseñanza del periodismo, entre otras, las siguientes: escribir *limpiamente* a máquina; inculcar la obligación de vida o muerte de publicar; que sólo se publique lo publicable y que se repita hasta que sea publicable... que experimenten el sufrimiento creador.

Y ese sufrimiento creador que desmitifica la inspiración no es el purgatorio del estudiante que precede a la gloria del escritor. Es la actividad per-

manente de ambos. Juan Gossain, al publicar su libro *la mala hierba*, decía: "Necesité reescribirla varias veces para estar seguro de que era exactamente lo que quería, y ahora que la publico ya sé que no es por ansiedad de gloria sino porque siento que es un buen trabajo".

Gonzalo Martín Vivaldi, en su *Curso de Redacción*, habla del *arte de tachar* como requisito indispensable para obtener trabajos excelentes. Una labor que requiere paciencia. Virtud que también Pedro Gómez Valderama señala como fundamental en el oficio de escribir: "Dentro de la actividad del escritor hay aspectos que son los que apelan más a la paciencia: la corrección de lo escrito, el reexamen, el tener la suficiente fuerza de voluntad para rechazar cosas que se han escrito y que pueden escribirse mejor".

Buen ejercicio para llegar a tener un estilo es el de leer. Y otro que le debe seguir, el de imitar. Contra estas dos prácticas se pronuncian algunos utópicos creyentes de que la autenticidad y la originalidad son los ingredientes esenciales del estilo. Y, para ellos, autenticidad no es el amor a la verdad sino la anarquía que oculta la pobreza de conceptos tras las formas primigéneas y torpes de sus escritos. Y la originalidad no es el descubrimiento de nuevos caminos para expresarse bellamente sino la exploración de oscuros senderos donde la fealdad y el error se ocultan como cómplices que son.

García Márquez admite influencias y confiesa imitaciones. Conrad, Saint Exupery y Tolstoi son los autores que lee una y otra vez. De Ernest Hemingway dice que una sola frase suya le dio *una óptica nueva para observar el mundo*. Y de Graham Greene, que le enseñó a *descifrar el trópico*.

Tom Wolfe opina: "Uno ve frecuentemente a estudiantes de arte en los museos, copiando obras maestras de la pintura, y aprendiendo el color y la forma necesarios para pintar. Los escritores deberían hacer escribir a los estudiantes copias e imitaciones. Uno puede aprender mucho a través de la imitación".

"No creo que haya un solo escritor —dice Pedro Gómez Valderrama— que pueda decir que su obra no está influida por la lectura devota y paciente de algunos autores, que son los más afines al propio espíritu. El balance justo entre las influencias y la propia originalidad se produce

cuando la obra que se crea tiene un sello personal, distinto de aquellas de las cuales pueda ser, en cierto modo, tributaria. La vida no es otra cosa que un juego de influencias que se prolonga desde el nacimiento hasta la tumba. No hay que temerles, ni rendirles culto demasiado profundo. Se debe buscar la expresión propia, teniendo en cuenta que la originalidad surge de la sinceridad consigo mismo, y que quien trata de engañarse difícilmente logra una creación auténtica".

Leer, leer, leer. Imitar. Escribir, escribir, escribir.
